

LAS ANTIGUAS DEMOCRACIAS EN LOS PAÍSES BAJOS: LAS CORPORACIONES FLAMENCAS A FINES DE LA EDAD MEDIA (SIGLOS 14 Y 15): INTERESES ECONÓMICOS, APUESTAS POLÍTICAS E IDENTIDADES URBANAS

MARC BOONE
UNIVERSIDAD DE GANTE

1.Las corporaciones y el mundo urbano: el peso de la noción de 'democracias urbanas' (Henri Pirenne, 1910).

Al considerar la historia de las ciudades de los principados medievales fuertemente urbanizados como el condado de Flandes, uno está tentado de afirmar que al principio era el verbo, y que el verbo era de Henri Pirenne. En efecto, sus ideas sobre la materia, sostenidas por un discurso potente y convincente, han determinado el modo en el que generaciones de historiadores han abordado posteriormente el fenómeno urbano. Entre las explicaciones y motivaciones profundas propuestas por Pirenne, la lógica económica y la situación del mercado ocupaban un primer plano. Por cierto, el mismo Henri Pirenne era un hijo de su época. Muy influido por la historiografía alemana, consideraba las ciudades como enclaves comerciales. Constituían para él creaciones debidas a la acción de comerciantes e industriales y organizadas por lo tanto de tal manera que podían responder al máximo a los deseos e intereses de esos grupos.

Henri Pirenne fue fuertemente influido, como hemos dicho, por la escuela alemana y en primer lugar por su maestro en Leipzig, Karl Lamprecht, padre de la noción-tan fértil- de 'Kulturzeitalter' (Edad de la Cultura). En sus obras anteriores a la primera Guerra Mundial, (la que produjo una ruptura fundamental en los escritos y en los conceptos históricos de Henri Pirenne), se le puede observar bregando en repetidas ocasiones por una aproximación científica que sobrepase las diferencias lingüísticas y nacionalistas de la Europa de fines del siglo 19 y esforzándose por unir entre si las tradiciones historiográficas francesa y alemana. Consciente de representar [a Bélgica]una nación relativamente joven, situada, como le gustaba describirla, en 'un punto sensible de Europa', se convirtió en el portavoz histórico y moral de su nación después de los acontecimientos de 1914-1918, y se había esforzado antes de

la Guerra en convertirse en el lazo de unión entre las dos grandes tradiciones históricas. Este esfuerzo se ve muy claramente en su estudio básico titulado 'El origen de las constituciones urbanas en la Edad Media', que publicó en tres partes en la Revue Historique de los años 1893, 1895 y 1898. Y luego, a través del libro-faro iluminador que trata la materia que nos ocupa ahora y que data de 1910: 'Las antiguas democracias de los Países Bajos' (París, Flammarion 1910), con una primera versión inglesa de 1915 que lleva el título de 'Belgian democracy' (traducido sin duda en el espíritu de esos tiempos), Pirenne influyó a su vez en Max Weber y en los Annales en sus comienzos, lo que significó que por generaciones se reforzó una determinada visión de la naturaleza de la sociedad urbana en los antiguos Países Bajos y del papel jugado por las corporaciones de artesanos en esas sociedades.

Karl Lamprecht (1856-1915) enseñaba Historia en Leipzig y contaba entre sus estudiantes al joven Henri Pirenne. La 'Methodenstreit' ('lucha metodológica') que allí se produjo hacia fines del siglo 19 y comienzos del siglo 20 ha sido a veces llamada la 'Lamprechtstreit' ('lucha de Lamprecht'), por la importancia de su figura al encarnar el intento de salvar al positivismo del siglo 19 de la asfixia intelectual que lo amenazaba, proponiendo la existencia de 'leyes naturales con fundamentos socio-psicológicos', aptos para transformar una nueva historia cultural en una 'historia total' que incluyera la historia económica, social, política y cultural tradicionales. En resumen, se trató de una tentativa de salvar lo esencial del positivismo, el cual se hundía por una parte en una fascinación estéril por el detalle y, por otra, estaba sometido a la presión de una aproximación hermenéutica revigorizada. Más tarde, Lamprecht formuló sus convicciones en dos publicaciones teóricas, su 'Die Kulturhistorische Methode' de 1900 (El Método Histórico-cultural) y su 'Moderne Geschichtswissenschaft' de 1905 (Ciencia histórica moderna); para él, la ciencia histórica debería llevar a la construcción de nociones, no de imágenes. Esto conducía a una tipología cronológica de la Historia, para la cual Lamprecht utilizaba la noción de 'Kulturzeitalter' (Etapa o edad cultural), una noción que, con el tiempo, encontró cada vez menos aceptación en un historiador como Johan Huizinga, otro contemporáneo de Pirenne que tomaba posiciones frente a los debates historiográficos engendrados por la 'Lucha metodológica' alemana. En

Holanda, en la universidad de Groninge, Blok, el maestro de Huizinga, y Pirenne en Gante fueron profundamente marcados por Lamprecht y nunca ocultaron esta influencia.

Fue pues en este contexto y partiendo de la necesidad de englobar la totalidad de la sociedad urbana medieval que se formaron las ideas de Pirenne sobre la naturaleza de la organización política de las ciudades y sobre el papel de las corporaciones en ellas. Sus ideas se vieron luego reforzadas por sus tomas de posición en su obra mayor concebida en los mismo años, su 'Historia de Bélgica'.

A pesar de que hace ya algunos años Cinzio Violante caracterizaba aún como el fin de una gran ilusión este sentimiento ligado a la imposibilidad de otorgar a Bélgica y a los representantes de su comunidad científica de la post-guerra el papel de intermediarios entre una Alemania humillada y marginada de Europa, por una parte, y el mundo anglosajón y francés por otra, Pirenne y sus discípulos continuaron desarrollando sus opiniones relativas a los desarrollos de la sociedad urbana medieval y la importancia de las corporaciones en esa sociedad, sin cambios. La vara por la cual Pirenne medía la importancia de la historia urbana seguía siendo la lógica del mercado. Aquello que, a sus ojos, era propicio a las fuerzas creativas –los empresarios y el desarrollo industrial en primer lugar- era también bueno para la ciudad en general. Para el burgués liberal que fue Henri Pirenne, las corporaciones de oficios flamencos tuvieron en un cierto momento de la historia -hay que pensar en primer lugar en los sucesos alrededor de 1300 en el momento en que las tensiones políticas entre el Condado de Flandes y la realeza francesa alcanzaron su apogeo-, un papel de fuerzas de liberación y de renovación, para encarnar después el retroceso: las corporaciones se vieron acusadas de encarnar todos los males de la tierra; entre otros, se les hizo responsables de una decadencia económica indesmentible, de nepotismo y de los males de una herencia asfixiante entre otros. Es suficiente darse cuenta del tono de ciertos pasajes de la obra de Pirenne en los cuales se habla positivamente de las importancia de las corporaciones hacia el 1300, cuando sus hazañas militares son comparadas a las del ejército republicano francés de fines del siglo 18, y cuando se habla en cambio negativamente de estas agrupaciones hacia fines del siglo 15: Pirenne

caracteriza la acción de las corporaciones de la ciudad de Brujas frente a Maximiliano de Austria así: “los artesanos urbanos consideraban sus franquicias como una panacea contra los progresos del capitalismo naciente...encerrados en sus prejuicios seculares, no buscaron en absoluto adaptarse a las nuevas fuerzas, [es decir] el capitalismo y su corolario, la libertad comercial”.

Estas ideas de Pirenne fueron seguidas de los trabajos realizados por sus discípulos más importantes, a menudo basados sobre análisis puntuales: Hans van Werveke trabajó sobre Gante y las ciudades flamencas, Guillaume DesMarez sobre Ypres y Bruselas así sobre como las ciudades brabanzonas en general, con el medievalista Georges Espina, con quien editó una serie de fuentes, que sigue siendo importante, y que conciernen la gran industria textil flamenca. Para intentar comprender la génesis de estas opiniones tan fuertes y ‘cargadas’, es necesario constatar que la entrada en escena de las corporaciones coincidió con el advenimiento del un período tradicionalmente considerado de transición –y a veces de decadencia- antes del Renacimiento, del capitalismo y, por lo tanto, del verdadero progreso a los ojos del liberal que fue Henri Pirenne. Si agregamos a esto la influencia siempre importante de la obra mayor del amigo y contemporáneo de Pirenne, Johan Huizinga, ‘El Otoño de la Edad Media’(1919), se puede explicar en parte por qué, durante los siguientes decenios, la acción de las corporaciones tuvo dificultades en desprenderse de una cierta ‘leyenda negra’. Las corporaciones se encontraron pues, inevitablemente, del lado de los perdedores, dado que en los conflictos políticos más determinantes durante la Baja Edad Media, aquellos que en las ciudades se oponían a los príncipes de la casa de Borgoña (y más tarde de los Habsburgo), encarnaban por excelencia la oposición a la política centralizadora de los duques y representaban el núcleo duro, especialmente intransigente, de los opositores a esta política. Por lo demás, en su ‘Historia de Bélgica’, Pirenne otorgó el rol positivo a esos duques y fue exactamente en su acción centralizadora en la que este historiador vio diseñarse la lenta marcha de la historia hacia la unificación ‘belga’ del siglo 19.

2. Después de Pirenne: la renovación de la historia social, la búsqueda de las clases sociales, los órdenes y estratificaciones sociales o la gran separación entre las normas y lo vivido.

Como consecuencia de esta evolución y, dado que durante los años 30 y 40 los regímenes fascistas se asociaron a un cierto corporativismo, el estudio histórico de ese corporativismo se vio retrasado y no siguió el ritmo del desarrollo de la historia social en general después de la Segunda Guerra Mundial. La historia de las corporaciones se atrincheró frecuentemente desde entonces en el estudio del sector textil, los oficios artísticos y de orfebrería, y parece haber sido inspirada en muchos casos, en una serie de preguntas que se limitaba a los aspectos tranquilizantes de los oficios artísticos, lo que permitía dejar de lado aquellos aspectos políticamente más delicados, como los de la representación política, entre otros. Las consideraciones de orden general que intentaban proponer una visión más global del fenómeno corporativo se hicieron esperar. En lo que se refiere a Flandes, la única excepción importante en este sentido fue la tesis de Carlos Wyffels sobre el origen de las corporaciones, aparecida en 1951. Ya entonces este autor llamaba la atención de los historiadores sobre la importancia de su organización militar y sobre su necesidad de dar una expresión religiosa a la solidaridad de los miembros de los distintos oficios, lo que explicaba tanto la génesis de las corporaciones como la necesidad estrictamente económica del gobierno urbano de controlar el comercio y la producción. Junto a estos elementos, seguía por cierto siendo primordial la aspiración de los obreros de darse una organización capaz de defender sus intereses, y esto se puede encontrar ya en las primeras manifestaciones de las acciones de estas corporaciones, hacia fines del siglo 13. En los mismos años 50 y 60, el debate historiográfico en historia social se orientaba hacia una discusión entorno a las nociones de clases, ordenes y/o estados. Era esta una discusión que oponía la escuela de Roland Mousnier al trabajo de Labrousse o al 'daumardismo', nombre tomado de la historiadora Adeline Daumard, quien llevó más lejos el proyecto de elaborar para el Antiguo Régimen un esquema socioprofesional comparable a los datos estadísticos de la década de 1950. Este debate fue intenso entre los llamados historiadores 'modernistas' y contemporáneos, y no dejó de tener consecuencias para los

medievalistas, quienes se vieron confrontados con una situación menos favorable para su trabajo investigativo, pero que en definitiva abordaron el problema del rol de las corporaciones intentando darles un lugar en una visión global de la sociedad. Lo hicieron privilegiando dos aproximaciones: midiendo en primer lugar la importancia de las gentes pertenecientes a los oficios en las estratificaciones sociales y en las fuentes –a menudo de naturaleza fiscal- que proporcionaban una base a este tipo de ejercicios; en segundo lugar, evaluando su poder de compra y su realidad social frente a aquellas normas y reglas que a primera vista parecían determinar la existencia misma de las corporaciones. Estas mismas reglas habían contribuido por lo demás en gran medida a forjar la opinión de que los oficios eran los responsables de la situación de asfixia económica en que se encontró la sociedad urbana a fines de la Edad Media.

Las debilidades y la relatividad de estas reglas (de medición) fueron demostradas de manera crucial y determinante por los estudios de Jean-Pierre Sosson. Fue gracias a su tesis sobre los oficios de constructores en la ciudad de Brujas en los siglos 14 y 15 que un número impresionante de estudios puntuales relacionados con las corporaciones de Brujas y de Bruselas vinieron a confirmar y a afinar sus perspectivas. Si bien el modo en que Sosson aborda los oficios de Brujas está inspirada por un cuestionario que un Bronislaw Gremek había utilizado ya en 1962 para estudiar a los asalariados parisinos de la Baja Edad Media, es cierto que Sosson se vio claramente más marcado por las aproximaciones de la historia cuantitativa a la moda en los años 70. El mismo autor continúa por lo demás interrogándose sobre la naturaleza de lo vivido y de la vida social de los artesanos, y ha sido el inspirador de numerosos coloquios que intentaron hacer un balance de la acción corporativa y debatir acerca de las cuestiones sobre el nivel de vida de los artesanos (Louvain-la-Neuve, 1993, 1996, Spa 1998), retomando en cada ocasión el objetivo de establecer una comparación internacional al mismo tiempo que el estado total de la cuestión en lo que se refiere a los antiguos Países Bajos. En dos recientes contribuciones de importancia en los coloquios del centro Datini de Prato, el mismo Jean-Pierre Sosson hacía el recuento en primer lugar de la producción artística en los Países Bajos, un sector en el que el mundo corporativo estuvo fuertemente involucrado, y en segundo lugar, dedicó una

contribución a los oficios de la construcción. Un observador perspicaz de los trabajos de Sosson y de aquellos inspirados por él entre sus colaboradores y estudiantes, puede notar una clara transición que va desde una historia resueltamente cuantitativa para llegar a una aproximación a los oficios que privilegia una dialéctica entre la práctica y el ideal. Es decir, la diferencia entre las prácticas reveladas por el estudio de los salarios y de lo vivido (por ejemplo en el escrutinio de los inventarios realizados después de la muerte de un artesano) y las normas establecidas gracias a los reglamentos de las corporaciones o de las ciudades que intentaban encuadrar la acción de los oficios. Las influencias emanadas de la 'micro-historia' o de la 'Alltagsgeschichte' ('historia de lo cotidiano') han pasado claramente por estos estudios. En resumen, y para citar a Sosson con sus propias palabras: nos alejamos de la "letanía de lo prohibido y de lo permitido que recorren los estatutos de los oficios y en los cuales la historiografía se ha retardado demasiado a menudo, sacrificando en consecuencia lo vivido de los medios socio-económicos que eran todo menos homogéneos, falseando así nuestra visión de los artesanados, privilegiando imágenes estáticas, desencarnadas, incluso 'blandas' de los oficios".

Ahora bien, la síntesis más reciente en lo que concierne al rol económico de los oficios en Flandes de la Baja Edad Media, realizada por Peter Stabel, pone el acento en la sorprendente capacidad de flexibilidad económica de estos grupos. El núcleo de producción más extendido (la 'small commodity production unit', la pequeña unidad de producción, sobre la cual ya DuPlessis y Howell habían llamado la atención en 1982), permitía a un gran número de sectores una respuesta rápida y eficaz a las necesidades del mercado. Esta capacidad de negociar y de adaptarse parece haber sido –si se establece una comparación internacional- más fuerte en las regiones más urbanizadas de Europa: los Países Bajos, Italia, la Renania, Londres, etc. Stabel apunta igualmente al silencio sobre las reglas en lo que concierne al aspecto fundamental de la organización interna de la unidad de producción tipo, es decir el taller familiar- mientras que las mismas reglas abundan y son muy detalladas en lo que se refiere a las relaciones entre maestros y aprendices y al intercambio comercial, en lo que concierne a su presencia en el mercado. Ahora bien, son justamente esas las reglas las que determinaron la visión cara

a Pirenne y a sus continuadores. Por otra parte, es la confrontación con el estudio innovador sobre las corporaciones en los tiempos modernos la que ha permitido centrar la atención en los silencios y en las carencias de la documentación medieval. Un segundo argumento además del que postula una gran flexibilidad económica es el de las necesidades demográficas – una gran mortalidad y una gran movilidad – las que han permitido postular, a partir del “ciclo vital” del artesano una gran flexibilidad social, en este caso. Dicho de otra manera: existió un número creciente de artesanos de diverso origen y de reciente advenimiento social. Lo que significa que la inserción en una corporación implicó para la mayor parte de ellos el comienzo de un proceso de socialización, ya que el movimiento migratorio se efectuaba en dos o más fases: desde las tierras bajas (el ‘plat pays’) hacia una ciudad pequeña y de allí a una ciudad más importante. La otra cara de la medalla es que al lado de esta masa de nuevos trabajadores, el mundo corporativo a interior de una sola ciudad siguió siendo dominado por un número restringido de familias que han permanecido en su lugar; estas familias sobrevivieron a múltiples crisis de subsistencia o de mortalidad gracias a una mayor resistencia a las enfermedades, como resultado de un efectivo bienestar. Estas familias formaron ‘naturalmente’ una elite artesanal que se apropió de los mandatos de representación y de gestión al interior de la corporación y por extensión de la ciudad, en la medida en que los oficios llegaron a ser representados directamente en las instituciones políticas. Una ilustración reciente proporcionada por un equipo de investigadores medievalistas de Bruselas nos muestra el estudio ejemplar de los carniceros de esa ciudad, grupo que hasta ahora había perpetuado la imagen vetusta de una elite artesanal petrificada para siempre en las reglas de la herencia y de la esclerosis económica y social. Este estudio ha podido hacer emerger la imagen de un grupo significativamente activo aunque heterogéneo desde el punto de vista de su influencia y de su riqueza, pero también un grupo consolidado en el vecindario y en virtud de la endogamia y que se hace presente en varios planos: comercio, artesanado, propiedad inmueble, tanto en la ciudad como en los campos cercanos, crédito, finanzas y, por último, influencia política.

En una economía urbana diversificada, como lo subrayó Wim Blockmans hace ya algunos años, las corporaciones ya no son culpables de todos los males y

de todos los estancamientos, de los cuales el paradigma de Pirenne las había acusado. Por el contrario, hay que poner el acento en la diversidad regional, en la capacidad de adaptación y finalmente, en la utilidad pública, en el sentido de que los oficios contribuyeron a proporcionar una estabilidad y un poder de control real a una sociedad urbana en movimiento.

3. Las renovación de la historia de los poderes: las corporaciones como elementos de la sociabilidad política y urbana en la baja Edad Media.

Existe otro campo de investigación que ha contribuido fuertemente una revisión de las opiniones consagradas por Pirenne y sus discípulos: se trata de la investigación sobre la vida política y sobre la organización de las relaciones de fuerza en las ciudades. La acción política más visible de las ciudades de los antiguos países bajos, ya desde el siglo XIII, se centraba en las actividades concertadas de las elites urbanas de las grandes ciudades, las que se planteaban como verdadero contra-poder, una alternativa frente a poder del príncipe en el contexto de lo que se ha denominado las `instituciones representativas`. De nuevo es el antiguo condado de Flandes el que ha sido mejor estudiado. Pero hay que contra una vez más que en este terreno, la discusión fue oscurecida por el lenguaje `corporativo` en boga en los años 30 y 40 antes de que el tema fuera lanzado nuevamente por los estudios de Jan Dhondt (1915-1972). Después de este momento de renovación se abre un gran campo de investigaciones llevados a cabo sobre todo por historiadores como Walter Prevenier y Wim Blockmans para las regiones de Flandes y de Holanda, y se ha avanzado efectivamente en los estudios sobre el condado de Flandes y después sobre los principados de los antiguos Países Bajos (Holanda, Artois, Utrecht) aunque todavía quedan zonas sin estudiar, en particular el Brabante en la época borgoñona.

Al interior del paisaje urbano flamenco se levantaba un horizonte político específico a partir del siglo XII, del cual la crisis de sucesión del condado de Flandes (1127- 1128) fue la primera manifestación y en este horizonte las elites urbanas aparecieron efectivamente en el campo político al nivel del condado. Esta primera manifestación y las otras que siguieron permitieron, por lo demás, el desarrollo de un idioma político y de una conciencia y de una identidad

políticas que se autoalimentaron, es decir, que los desarrollos ulteriores hicieron referencia al pasado y a los textos, como los privilegios urbanos en primer lugar, pero también a textos de tipo constitucional como el 'gran privilegio' de 1477, a fin de legitimarse. Si bien en el curso de los acontecimientos alrededor del 1300 – un momento en el que el conflicto social al interior de las ciudades que venía formándose desde aproximadamente desde 1280, como consecuencia de los problemas coyunturales de la economía se insertaba GREFFAIT en la gran confrontación entre el poder real francés y el poder señorial del Conde de Flandes – cambió la composición política de las elites en grandes ciudades como Brujas, Gante, y Ypres, los nuevos grupos que se repartieron el poder se inscribieron en una tradición ya bien establecida de cogestión al nivel del principado. Esto sucedió más fácilmente puesto que la dinastía condal en el poder (los Dampierre) dependían fuertemente de las fuerzas vivas de la ciudad, cuyas milicias habían combatido al ejército del rey de Francia en 1302 y durante los años siguientes. Entre estas fuerzas vivas hay que mencionar, en primer lugar, a las corporaciones, bien establecidas como organizaciones de ayuda mutua y con inspiración religiosa. Ahora bien, las corporaciones aprovecharon plenamente la oportunidad para responder a aquellas aspiraciones políticas que, por lo demás habían formulado hacía tiempo: apoderarse de los cargos de Concejales junto a los representantes de la elite burguesa, ese patriciado urbano clásico que había establecido por largo tiempo un monopolio política al interior de las ciudades. Desde ese momento se desarrolla un proceso en el que se puede percibir a los representantes de las corporaciones mezclándose directamente en política, en primer lugar en sus ciudades y luego en el principado, en la medida en que, como decanos y jurados de los oficios, formaban parte de las delegaciones que las grandes ciudades enviaban a las reuniones de los Miembros de Flandes. El proceso fue complicado y tuvo sus reveses, especialmente cuando se le quiso imitar en otros principados fuertemente urbanizados, como el Brabante y el Principado de Lieja. Pero incluso a pesar de las dilaciones y de su establecimiento gradual, los principios de una participación en el poder por parte de las corporaciones se extendieron o llegaron a ser aceptables. Lo esencial de este proceso es el desarrollo de una práctica de participación política y el establecimiento de un discurso 'corporativo'. Característico de este

último es de que se hable, por ejemplo, de Miembros, tanto a nivel de condado (los Miembros de Flandes eran las tres grandes ciudades al cual se agregó el Franco de Brujas, es decir, el señorío alrededor de esa ciudad) así como también al nivel de una ciudad. La importancia de la metáfora corporal para hablar de una comunidad política medieval es bien conocida, y la designación de un elemento que constituye una comunidad política (una ciudad) y en este caso de la corporación como miembro, no debe sorprender en absoluto.

El estudio de la actividad política al interior de las ciudades y de la relación política de estas con el mundo exterior a través de la acción de instituciones representativas, ha dado lugar a una reevaluación del rol político jugado por las corporaciones. En efecto al interior de la organización política, los oficios ocuparon una posición como miembros de un cuerpo más amplio y fundaron su funcionamiento sobre esta concepción, de lo que proviene un sentimiento de honor colectivo por la contribución realizada al bien común. Esta contribución se hacía concretamente a través del pago de impuestos, así como al poner una milicia a disposición de toda la comunidad urbana, al salvaguardar una parte de la producción industrial y artesanal como fuente de riqueza para toda la ciudad, pero también, más allá de las finanzas, al nivel de la experiencia social y religiosa. Los oficios mantuvieron este rol durante dos siglos y medio: para el Condado de Flandes a partir de 1300 y hasta el final de los conflictos religiosos internos de las ciudades del siglo XVI, un momento que puede hacerse coincidir con el final de la acción de las Repúblicas Calvinistas en 1585. Ahora bien, está claro que este periodo no puede considerarse una situación de transición sino que constituye una fase perfectamente completa en el desarrollo social y político de las ciudades; sin duda, al catalogar en términos generales este período como la era de la `democracia urbana´ Pirenne observó sin duda, con justicia, este proceso.

En los decenios siguientes al momento de cambio producido alrededor de 1302, las corporaciones se lanzaron a una lucha a menudo fratricida pro el poder, proyectando al exterior la imagen predominante de una sociedad sometida a la violencia y al mayor desorden. Ahora bien, es necesario matizar esta visión demasiado influida por la desaprobación de los autores de las fuentes narrativas de la época (a menudo se trató de hombres de Iglesia) y que se transmitió al discurso histórico de fines del siglo XIX, en un momento en que

el temor a las `clases peligrosas` no era fortuito. Si consideramos más de cerca las evidencias, sin prejuicios ideológicos, se puede observar a una sociedad urbana que busca un nuevo equilibrio de manera violenta. No olvidemos tampoco que al mismo tiempo esas ciudades estaban sufriendo un desgarramiento demográfico sin precedentes: las grandes mortandades y todos los efectos que ellas provocaban en materia de redistribución de las riquezas y de los poderes. Hacia 1360 el equilibrio que se buscaba parece haber sido alcanzado en la mayor parte de las ciudades flamencas; este equilibrio va a ser perdurable y dará lugar a una época que Knut Schulz bautizó como la época de las "corporaciones políticas" ("politische Zünfte") en la historia urbana de una parte de Europa. Una piedra de toque para la acción de los oficios fue una vez más la consideración del `bien público` y de la defensa del interés general de la ciudad, basada por cierto, en un respeto fundamental por los derechos y deberes del ciudadano.

En el pasado ya he sugerido que existe una relación entre la politización de las corporaciones y el desarrollo de un cierto pre-republicanismo urbano en los antiguos Países Bajos, el que finalmente culminó en un primer momento de gloria al constituirse las Provincias Unidas, una verdadera república al final de las Guerras de Religión, guerra que fue al mismo tiempo de emancipación y por último de independencia frente al poder de los Hasburgos. El apogeo de este desarrollo fue ciertamente la promulgación del llamado acto de Destitución por el cual los Estados Generales de los Países Bajos declararon en 1581 que Felipe II de España había perdido para siempre el derecho de gobernar los Países Bajos. Este episodio se origina en una tradición secular de co-gobierno en el cual el derecho a la resistencia está en el corazón del debate. Lo que es importante para nuestra perspectiva es que el desarrollo de un pensamiento pre-republicano se alimentó de un conjunto de actitudes y de experiencias adquiridas en el contexto de la participación de las corporaciones en la vida política de las ciudades. Quizás no es tampoco un azar que ya en 1579, con dos años de anterioridad a los Estados Generales de los Países Bajos, la ciudad de Gante se había autoproclamando República Calvinista. Ahora bien, en esta ciudad la acumulación de experiencias había alcanzado su apogeo, dada la importancia de la participación de las corporaciones de la vida política y dada la frustración que produjeron las intervenciones de Carlos V al intentar

reducir esta participación en 1540. Resulta sintomático, en todo caso, el hecho de que al actuar de esta manera, si tenemos en cuenta la fuerza de la reacción y la conciencia histórica que la motivaba, la ciudad reactivó en su lucha las ordenanzas que provenían de la época de Jacques d'Artevelde (de mediados del siglo XIV) en el momento en que las ciudades flamencas y Gante, en primer lugar, hecha visible gracias a la política anglófila de d'Artevelde, estuvieron cerca del modelo de la ciudad- estado italiana bajo la presión política de las corporaciones.

4. El Oficio político en acción-corporaciones y dinámicas de la sociedad urbana.

Dos campos de acción fueron esenciales para la salvaguardia de la identidad y el carácter 'independiente' de las grandes ciudades: el control del poder judicial y la manumisión (control) de los dineros fiscales y, en consecuencia, sobre las riquezas producidas en la ciudad.

Hay que constatar en este ámbito hasta qué punto el funcionamiento de un conjunto de corporaciones al interior de una ciudad contribuyó al funcionamiento de la totalidad de la sociedad urbana y esta es una preocupación holística que se encuentra a menudo en las consideraciones sobre la sociedad durante la Baja Edad Media y que los contemporáneos medían, una vez más, con la vara de una noción clave como era la del Bien Público. A las fuerzas opuestas, a los que trabajaban para el poder central del Príncipe, les tocaba la tarea de hacer pasar por 'malas costumbres' ('mala consuetudo') las costumbres que regulaban la vida social y, en definitiva, todo comportamiento que estuviera fuera de las normas fijadas por el Príncipe pasaba a ser considerado un atentado al poder casi soberano de éste y, finalmente, o como delito de 'lesa majestad'. Esta acusación la encontramos en los Países Bajos Borgoñones, por primera vez en 1440, cuando el Duque Felipe El Bueno descalificaba de esta manera una revuelta urbana de la ciudad de Gante.

Está claro que a partir de entonces, que las consideraciones de esta naturaleza provienen del terreno cultural, se expresan a menudo de una manera ritual e impregnado de sentido religioso y me propongo referirme a continuación al aporte del 'cambio cultural' ('Cultural turn').

5. Las corporaciones: piedra angular de una cultura política urbana.

Hemos constatado en la acción de las corporaciones una capacidad real que les permitió adaptarse tanto a las exigencias del mercado como a los cambios políticos. Una flexibilidad social de estas características implicó, por cierto, la existencia de un conjunto de prácticas y de medios de expresión culturales capaces de ser movilizados para dar expresión a los valores que el mundo corporativo concebía como esenciales. Al hablar de la penetración política de los oficios, he mencionado ya las manifestaciones públicas, los rituales urbanos que permitieron a los grupos intermedios ocupar el lugar que les correspondía en esta sociedad urbana, considerada a la medida de su importancia económica y considerando también su rol esencial en el resguardo del mundo urbano. En efecto, las metáforas que aluden a la imagen del cuerpo social y al cuerpo de la ciudad en su totalidad son frecuentes. Toda evaluación de la acción de las corporaciones deben constatar desde la partida que su presencia es un elemento esencial para el funcionamiento del mercado y, por extensión, de la propia ciudad.

Una ciudad es, en todo caso y ante todo, una realidad concreta constituida por edificios, espacios, lugares de encuentros, de integración y de exclusión - espacios que son leídos de distinta manera y son productores de significados. Fue, pues, muy importante que las corporaciones que querían mantener su rol en esta sociedad urbana entraran en lucha para apropiarse ritualmente del espacio urbano. El libro reciente de Tom Bogaart demuestra hasta qué punto la acción de las corporaciones y su penetración política después de 1302 influyeron fuertemente en los modos de organizar una ceremonia completamente urbana y ejemplar entre tantas otras, como era la procesión de la Santa Sangre en Brujas; su influencia significó incluso una modificación importante del recorrido. El desarrollo de esta procesión, documentada a partir de fines del siglo XIII y que seguía un itinerario que simbolizaba la conquista de las libertades urbanas en el conflicto entra la ciudad y Felipe El Hermoso, rey de Francia, es un ritual en el cual la ciudad recreó, representó y repitió una escena primitiva y fundadora. Es una escena que se convierte en ceremonia en la que se mezclan gradualmente mensajes urbanos y principescos; tanto los

Condes de Flandes como los Duques de Borgoña lograron encontrar para ellos un lugar privilegiado en el desarrollo de esta procesión durante el siglo XIV. No lograron, sin embargo, dominar por completo el desarrollo de la procesión que existe hasta el día de hoy y que es considerada la más hermosa jornada de celebración de la ciudad de Brujas. Ahora bien, si las corporaciones se hicieron presente en esta procesión, como en tantas otras, hay que constatar, sin embargo, que no tuvieron influencia sobre su organización misma, a pesar que todo se desarrollaba en el contexto de una institución plenamente corporativa, puesto que se trata de la venerable cofradía de la Santa Sangre. El espacio urbano nos ofrece así una posible entrada a través de la cual se puede abordar la cultura política y la cultura urbana en general.

El espacio forma parte de una construcción más amplia, no es un decorado inmóvil, ni el reflejo de una aproximación estructuralista a la economía y a las instituciones urbanas. A esto hay que agregar que la cronología juega, evidentemente, su papel. Si el modo en que el espacio urbano se ha desarrollado refleja las relaciones y las posiciones de poder entre los diferentes grupos sociales y políticos, se puede suponer que los elementos de este espacio han contribuido a dar origen a los diversos regímenes que se han sucedido a la cabeza de las ciudades. El espacio urbano estaba lejos de ser un elemento neutral: representaba plenamente su rol al hacer visible y al consolidar las relaciones entre los poderes; este espacio ofrecía también los instrumentos para formular las reivindicaciones en el contexto de la lucha por el poder político tanto al interior de las ciudades como entre las ciudades y el poder los príncipes. En otras palabras: los planteamientos de Henri Pirenne puede y deben ser completados por una visión antropológica, cercana a la de Clifford Geertz o por una aproximación sociológica en la tradición de Charles Tilly. 'Fare città', recordemos, era el grito que se encontraba en las crónicas florentinas del siglo XIV, como culminación del éxito de 'correre la città', es decir, correr por las calles de la ciudad y tomar, por lo tanto, posesión de su espacio.

Describiré a continuación los problemas del espacio, pero también de la literatura y de las expresiones ligadas íntimamente a la utilización de la lengua hablada y escrita que expresaban los valores de los grupos intermedios de las ciudades y que nos permiten hacerlos visibles, reconocibles y 'memorables',

esto último en un sentido literario: capaces de alimentar y de provocar la memoria individual y colectiva.

Estos dos elementos, espacio y texto, aparecen a veces ligados entre sí, como sucede en el poema emblemático 'La Doncella de Gantes' compuesto en el contexto de la rebelión de la ciudad contra el Conde Louis de Male entre los años 1379 y 1385; este poema exalta las virtudes de la resistencia de los ciudadanos que prefieren vivir libremente antes que sufrir los efectos de un gobierno centralizado que ignora los intereses de la ciudad, tanto de sus elites como de los grupos sociales esenciales, es decir los grupos intermedios. El poeta Boudin van de Lore va directamente al corazón del debate: La Doncella se mantiene en un recinto cerrado (reconocemos aquí el tema del *hortus conclusus*) y está rodeada por dos ríos y defendida por una multitud de Santos – en su mayor parte Santos locales- cada uno portando una bandera. Se trata evidentemente del río Escaut y del río Lys, [los dos ríos que rodean la ciudad de Gante]; el recinto simboliza, según el poema, el mercado de la ciudad de Gante, extendido por los bordes de los meandros de los dos ríos en cuestión. Al conocer la importancia de las banderas y de los estandartes en la organización de la resistencia de las ciudades y en la expresión de la combatividad de las corporaciones, se reconocerá fácilmente en los Santos y sus estandartes los símbolos de esta misma combatividad.

La Doncella ha entrado en la historia como símbolo de la ciudad. Los estandartes han tenido una historia más agitada: de ser expresión de la fuerza movilizadora y de las funciones militares de las corporaciones pasaron gradualmente a ser objeto preferente de los ataques del poder de los príncipes, cuando estos quisieron imponer su autoridad a la ciudad, la cual buscaba por cierto posicionarse como única detentadora del monopolio sobre el ejercicio de la violencia. Los estandartes, signos de reconocimiento y movilización, fueron sometidos a un proceso de uniformización y de inserción en un contexto político más amplio. En una ordenanza Ducal de 1430, Felipe El Bueno forzó a los oficios a incluir en los estandartes símbolos relacionados a la vez con la comunidad urbana y con la comunidad política del principado y de la dinastía, puesto que junto a los símbolos de la corporación (el Santo Protector del Oficio o un instrumento típico utilizado en éste) se destinaba un segmento superior del estandarte para representar allí las armas de la ciudad y del Condado de

Flandes. Estas últimas fueron acaparadas totalmente por la dinastía de los Valois de Borgoña, la cual los había puesto como divisa sobre la fachada de su residencia en la ciudad de Gante, al tiempo que mantenían leones verdaderos en el parque de la misma residencia, y hay que recordar que el león era el animal heráldico presente en los escudos de armas urbanos y condales. Las alternativas de la relación tumultuosa entre los Duques y la ciudad de Gante hicieron posible que dispongamos de una ilustración que nos permite visualizar las banderas en cuestión: deseosos de reestablecer su relación con el Duque Felipe después de la batalla de Gavere en 1453, los habitantes de la ciudad de Gante representaron las banderas en una miniatura realizada en 1458, que forma parte de un manuscrito de lujo que contiene el texto de los privilegios de Gante y una ilustración en la cual los Príncipes, Condes de Flandes y Duques de Borgoña, que habían otorgado estos privilegios, aparecen representados en un primer lugar. Este manuscrito, que se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional Austriaca en Viena, fue ofrecido al Duque en un intento de reconciliación que incluía, además, un elaborado programa de representaciones teatrales y otras que estaban destinadas a entregar un mensaje de reconciliación entre el Duque y su ciudad rebelde.

Pienso que esta representación puede ser leída de maneras diferentes y diferenciadas por cada uno de los poderes implicados, como sucede por lo demás en relación con muchos factores de la relación entre ciudad y príncipe, tal como nos lo recuerda el reciente libro de Elodie Lecuppre-Desjardin. La representación muestra, sin duda, el sometimiento de los ciudadanos que son representados de rodillas y en sus ropas interiores, pero también llama la atención sobre la existencia misma de los estandartes que no están caídos a tierra y al referirse a su existencia, a la identidad urbana que ellos manifiestan se plantea pues un posible resurgimiento de la comuna y de las corporaciones. Ahora bien, son estos mismos estandartes, instrumentos de movilización militar pero también de dominio espacial y político de la ciudad los que volvemos a encontrar como elementos de reconocimiento y de identificación en los *wapeninghen* o estados de movilización de las corporaciones. El fenómeno del *wapening* ha sido estudiado por J. Haemers como un ritual en el cual una combinación dosificada de ruidos, signos, movimientos y por último de manifestación de emociones era utilizada por los miembros de los oficios para

comunicar al mundo exterior su reivindicaciones sociales y los márgenes de maniobra que existían para llevar a cabo con éxito las conversaciones y las inevitables negociaciones al interior de una comunidad política basada en el intercambio. Estandartes y ocupaciones armadas de las plazas de los mercados: en cada manifestación colectiva de poder por parte de los miembros de los diferentes oficios, encontramos de nuevo estos elementos. Son sobretodo los estandartes los que llegarían a simbolizar los oficios, a tal punto, que a veces la palabra estandarte se considera sinónimo de oficio. La represión de una revuelta urbana se sellaba, como lo ha demostrado Peter Arnade en el caso de la revuelta de la ciudad de Gante contra el Duque Felipe El Bueno, que terminó en 1453, por la entrega de los estandartes de los oficios a los príncipes.

No debemos engañarnos, por cierto, puesto que lo que más interesaba a los funcionarios ducales y a los arquitectos de la política de los príncipes (al Canciller Rolin entre otros) era evidentemente la impresionante compensación que la ciudad debía entregar, en forma de pago para la cajas ducales y entregando el dominio estructural de la fiscalidad urbana. Pero, para le mundo exterior, el acto público de sumisión era más importante especialmente para los demás súbditos flamencos del Duque, que habían sido a menudo víctimas de la soberbia de los ganteses. La entrega de los estandartes ponía, pues, simbólica y públicamente fin a una guerra entre la ciudad y el Duque, guerra en la cual las apuestas eran entre otras la superioridad de los oficios sobre el poder político de la ciudad y, por parte del Duque la búsqueda y obtención de una injerencia mayor en los asuntos de la ciudad después de su victoria militar en Gavre en Julio de 1453. Un acontecimiento menor muestra hasta qué punto los estandartes eran considerados como medios de representación del honor colectivo de las corporaciones y de su posición crucial al interior de la comunidad urbana. Así, el 26 de febrero de 1453 y solo algunos meses después de la ya mencionada entrega de la miniatura, en el momento en que la guerra entre la ciudad de Gante y el Duque estaban en un momento álgido el decano principal del grupo de los oficios menores y el Colegio de los Decanos condenaban al decano de los vendedores de aceite porque se había negado a llegar con el estandarte de su oficio a la plaza del [Mercado de los días] Viernes, para participar en una parada militar destinada a demostrar la fuerza

militar y la unidad en el seno de las corporaciones de la ciudad. Se ha conservado la sentencia de estos decanos, la que contiene una enumeración asombrosa, a primera vista, de peticiones de perdón necesarias para restaurar la solidaridad afectada y para remediar el honor herido de las corporaciones; esta enumeración resulta asombrosa si pensamos que la ciudad y el régimen de los tres miembros luchaban en ese mismo momento por su sobrevivencia política.

Poco después los ganteses fueron derrotados por el ejército ducal, y tal como lo ejemplifica la representación, los estandartes pasaron a las manos del duque y de sus funcionarios. Pero no desaparecieron, sin embargo, del espíritu de los ciudadanos. El 28 y el 29 de junio de 1467, la Gozosa Entrada de Carlos el Temerario a la ciudad de Gante coincidió con la procesión de San Liévin, uno de los santos locales cuya procesión anual se había convertido en una demostración de la cohesión existente entre los diversos cuerpos constituyentes de la ciudad, y entre ellos, por cierto, los oficios, y su influencia sobre las tierras bajas circundantes, dado que la procesión se realizaba en la región de Alost. Aunque privados de sus estandartes después de la derrota sufrida en Gavre en 1453, los participantes en la procesión aprovecharon la ocasión de la Gozosa Entrada de Carlos para demostrar su hostilidad frente a las medidas represivas que les fueron impuestas después de esa derrota. Ocuparon el Mercado del Viernes -el más importante de la ciudad- y blandieron la tela que cubría el relicario como una bandera, ya que sus estandartes seguían confiscados. (La acción de adoptar una bandera improvisada en el contexto de una manifestación religiosa no era por lo demás desconocida: el ejemplo más conocido es el célebre movimiento social de los Ciompi en Florencia, en 1379). Al día siguiente, los ganteses declarados en rebelión se rehusaron a abandonar el Mercado, del cual el nuevo duque no había podido retirarse sino bajo la protección de los miembros de los oficios de bateleros, carniceros y pescaderos, todos ellos tradicionalmente cercanos al poder principesco. El duque hubo de resignarse a restituir los estandartes confiscados catorce años antes por su padre. Fortalecidos por sus símbolos tradicionales, los miembros de las corporaciones habían amenazado al duque y habían obtenido de él la anulación de algunos de los elementos más odiosos para ellos desde la imposición de la paz después de la famosa derrota de los ciudadanos

de Gante. Las siguientes etapas de la difícil relación entre el nuevo duque Carlos el Temerario y su ciudad de Gante ilustra bien el grado de sutileza que las corporaciones supieron utilizar respondiendo a la violencia o a la amenaza de recurrir a la utilización de la violencia por parte de un adversario potente. Ya en agosto de 1467, unos meses después de la fallida Entrada Gozosa del Temerario, una delegación oficial de ganteses había venido a implorar la gracia del duque en su palacio de Coudenberg en Bruselas. Por último, un año más tarde, hacia fines de noviembre de 1468, el mismo duque, que entretanto había hecho fracasar la rebelión de la ciudad de Lieja destruyendo sin más la ciudad (del río Mosela), volvió a recibir a una delegación de ciudadanos de Gante.

Está claro que en el partido el duque se había tomado conciencia de la importancia de la elección de los lugares para realizar las 'peticiones de perdón'. Mientras que al comienzo del período borgoñón Felipe el Atrevido organiza la petición de perdón en el corazón mismo de la ciudad, con su fuerte carga simbólica, el 'teatro' de esta ceremonia se aleja cada vez más del centro urbano; bajo Felipe el Bueno se dio preferencia a un lugar fuera de la ciudad, cerca del camino que llevaba al campo de batalla en la cual la ciudad había sido humillada; bajo Carlos el Temerario, en cambio, las 'disculpas' se dan en el palacio de Coudenberg en Bruselas. El mensaje de la brutal represión de Lieja había llegado muy claro a Gante, y la ciudad ofreció en esta ocasión adecuar su gobierno a un modelo cercano a los deseos del príncipe, e incluso entregarle los estandartes de las corporaciones o incluso cerrar ciertas puertas de la ciudad. Los estandartes no eran por lo demás necesariamente una señal de revuelta armada, pero podían enviar también una señal de que una última negociación era también posible.

Las negociaciones y las discusiones eran siempre posibles con los representantes de las corporaciones, verdaderos profesionales del comercio y de la discusión, par quienes negociar y tratar estaba en el corazón de sus ocupaciones cotidianas. Sus acciones frente al poder principesco constituían esencialmente en tomar la palabra, y contribuyeron así a forjar una cultura política en la cual el dominio territorial y la ocupación de lugares estratégicos, iba acompañado de un registro escrito de las opiniones, de los intercambios de puntos de vista y de las promesas mutuas que se hacían entre los partidos en liza. La cultura política formada a través de una serie de elecciones al interior

de las corporaciones, de sus organizaciones de barrio o de parroquia y luego al nivel de la ciudad gracias a las elecciones de los Concejales, se complementaba en estos otros casos con la capacidad de negociación directa con las más elevadas instancias del poder de los príncipes, el duque y su entorno inmediato. Desgraciadamente no disponemos ya de registros directos ni de testimonios escritos de estos intercambios, y nuestro análisis se ve necesariamente limitado a las simples constataciones que aparecen relatadas en los registros de cuentas de las ciudades y de las instituciones principescas involucradas. Por el contrario, y en el plano de las expresiones literarias, disponemos de otro ángulo de visión que nos permite subrayar la importancia de la toma de la palabra en el seno de las instituciones culturales urbanas, importancia que surge de la misma necesidad de organización corporativa al interior de las ciudades.

En efecto, con las Cámaras de Retórica las ciudades de los antiguos Países Bajos disponían de una organización corporativa que permitía a los ciudadanos participar en una empresa colectiva a través de una práctica literaria cuyo objetivo era expresar la identidad urbana y subrayar el papel esencial reservado a las corporaciones. Desde mediados del siglo 15, las Cámaras de Retórica se expandieron en las regiones urbanizadas, se insertaron en la red urbana y experimentaron una proliferación mayor y una organización más refinada que la de otras asociaciones literarias semejantes, tales como las escuelas de canto (Singschulen) alemanas, los 'puys' marianos (PUYS) o las 'alegres sociedades' ('societés joyeuses') de Francia. La organización y la terminología utilizada para describir estas Cámaras (decanos, jurado, hermanos o cofrades), así como las actividades asociadas a ellas (cofradías religiosas, servicios religiosos, servicios funerales y de aniversarios) eran de inspiración corporativa. Además de sus prácticas literarias y religiosas privadas, los 'retóricos' participaban también en la vida pública de la ciudad poniendo en escena obras de teatro con ocasión de las festividades urbanas tales como los mercados, las procesiones, la celebración de tratados de paz o los actos de reconciliación política entre la ciudad y el príncipe.

Tradicionalmente, sus actividades y producciones literarias han correspondido al campo de competencia de los historiadores de la literatura, y

tradicionalmente también, éstos han despreciado los productos literarios de los 'retóricos' en tanto representaban una literatura burguesa (en su sentido peyorativo), una literatura de transición entre las canciones de gesta y la poesía (plenamente) medieval y, por otra parte, una literatura clásica como la del siglo 17. Sin embargo, ya en la década de los 80 gracias a los estudios de Herman Pleij para los Países Bajos y, más recientemente, los estudios de Anne-Laure van Bruaene, los 'retóricos' y sus productos literarios han sido desempolvados; Herman Pleij comprobó hasta qué punto sus prácticas literarias y teatrales daban expresión a los valores urbanos de honor colectivo, de jerarquía y de fraternidad; van Bruaene, por su parte, ha demostrado que las Cámaras de Retórica estaban compuestas esencialmente por gentes de los oficios y eran por lo tanto representantes de los grupos intermedios. Si en la composición de los miembros hay una fuerte semejanza entre las corporaciones y las Cámaras de Retórica, estas últimas están en todo caso más cerca de las gildas de ballesteros (alabarderos) y de arqueros, y más cerca de las cofradías por tratarse de asociaciones de carácter voluntario. Ahora bien, este carácter claramente voluntario permitió a los miembros desarrollar relaciones horizontales, marcadas por la reciprocidad, la confidencialidad y la asistencia mutua. Anne-Laure van Bruaene a podido observar que en el plano religioso, por ejemplo, existió una preferencia por la devoción al Espíritu Santo y al modelo de los apóstoles, en detrimento del primer rango ocupado por la figura de la Virgen en los 'puys' marianos del norte de Francia; esto significó que antes de la Reforma protestante del siglo 16, los representantes del mundo artesanal habían desarrollado una práctica religiosa y teatral que otorgaba un lugar de mayor importancia y libertad a los laicos. Esta concepción dinámica de una religión cívica animada por los textos literarios y los rituales públicos explica en buena medida el éxito sorprendente de las Cámaras de Retórica en los siglos 15 y 16. El fenómeno llama asimismo la atención por las cifras involucradas: existieron unas 200 Cámaras de Retórica activas en los Países Bajos hacia mediados del siglo 16, de las cuales unas 120 estaban en el condado de Flandes y un 40% de ellas en las aldeas; 40 en el ducado de Brabante y alrededor de 65 en los condados de Holanda y Zeelandia). En una ciudad populosa podían coexistir varias Cámaras: así tenemos dos cámaras den Brujas, Amberes y Bruselas, y cuatro cámaras en Gante. Hacia fines del

siglo 15, el príncipe Maximiliano de Austria quiso restaurar su autoridad; reconociendo la potencia mediática de las cámaras, quiso establecer una cámara principesca –en Gante, una ciudad rebelde por excelencia- a fin de controlar la actividad a veces crítica y amenazante de las cámaras [de ciudadanos]. Aún en el siglo 16, las autoridades estatales se enfrentarán con los ‘retóricos’ en cuanto diseminadores de las ideas reformistas.

Gracias a su existencia y a su papel clave en la sociabilidad urbana y corporativa, así como a las frecuentes prácticas de concursos de retórica entre ciudades (se dio un promedio de dos competencias anuales en el momento del apogeo de la cultura retórica entre 1480 y 1565), se puede afirmar que las cámaras contribuyeron fuertemente a forjar la identidad política de las ciudades y a construir una cultura política característica de los Países Bajos. Durante los siglos 13 y 14 dominaron más bien las justas urbanas y las competencias de tiro; al afirmarse fuertemente los grupos medios en la vida política y pública de las ciudades, las competencias dramáticas vinieron a completar el cuadro. Se estableció así una economía de encuentros fraternales con miras a la creación y a la promoción de una armonía social y política -[aunque fuese] ficticia- en un territorio urbano muy poblado y sometido a fuertes tensiones económicas y políticas.

Parece claro pues que si las corporaciones pudieron conquistar una posición política al interior de las ciudades de los antiguos Países Bajos, siguiendo una diferente cronología en cada uno de los principados, se debió a que, en el contexto de una red urbana muy densa, ellas supieron dar expresión a las aspiraciones e intereses de grupos sociales intermedios que eran esenciales para el funcionamiento de la economía urbana. Gradualmente, a través de la expresión ritual y literaria de sus tomas de posición y de su discurso, la acción acumulada de las corporaciones dio origen a una cultura política característica: la defensa de los valores burgueses, una responsabilidad compartida por el honor de la ciudad, un cuidado colectivo por la salvaguardia del bien público que pasaba por la defensa del interés privado.

Esta cultura política intentó cohabitar con el poder de los príncipes, los que intentaban apoderarse del valor agregado producido por las economías

urbanas, pero por otra parte, no vaciló en oponerse a ese mismo poder cuando éste se hizo demasiado amenazante.

El rol político de las corporaciones no se mide únicamente por el rasero de las carreras políticas o el número de mandatos que fueron ocupados por los representantes de los oficios, por importante que haya sido esta aproximación; se mide también fundamentalmente por el proceso lento pero ineluctable que llevó a una acumulación de experiencias políticas sobre el terreno real y simbólico del espacio urbano.